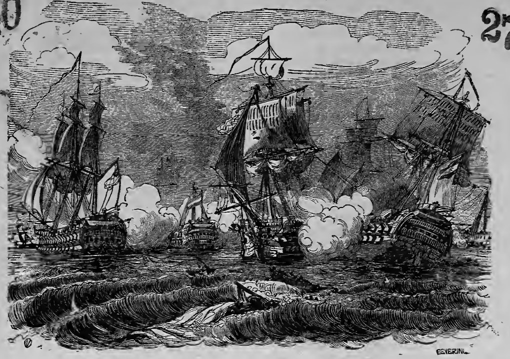
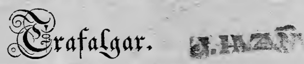


NÚMERO 18.





Trafalgar.

1805.

I.

Reina del mar Inglaterra,
de uno á otro continente
sus pendones paseaba
como insignias de la muerte.
Quien le disputó su imperio,
halló con sus naves siempre
tumba inmensa en las entrañas
de los mares de Occidente.
Guarecido estaba el mundo
de sus costas en los fuertes,
mirando el mar alfombrado
con británicos paveses.
En un silencio de espanto
por tan inmensos poderes
hasta el mar y la tormenta
se humillaban obedientes.
Y al tronar de sus cañones
dictando soberbias leyes
de sus gallardos navíos
sobre los altivos puentes;
En las movedizas ondas
sostenian los ingleses
derechos que quizá en tierra
no pudieran sostenerse.

....

A España y á Francia unidas
por dobles pactos solemnes,
con sórdida voz las llama
hasta el criminal palenque.
Y obteniendo sus insultos
la respuesta de los héroes

lucha terrible preparan
el heroismo y la muerte.

....

Ya van á salir las naves,
lleno está el puerto de gente,
nacionales armonias
pueblan los ecos alegres.
En despedida ardorosa
todos los labios se mueven;
pronta vuelta, triunfo grande,
unos y otros se prometen.
Invade Cádiz entero
alturas, castillo y muelle,
á despedir por la patria
á sus hijos mas valientes.
Plegarias y bendiciones
promesas, votos solemnes
entre clamores y cantos
se mezclan confusamente.
Blancos pañuelos agita
por multiplicadas veces
en las coronadas rocas
el entusiasmo ferviente.

....

Ya surcan el mar; entonces
cesa el clamor de repente,
y las sonrisas se apagan
y los ojos se humedecen.
Fatales presentimientos
acosan á los mas fuertes
y entre horrorosos temores
la fé y la esperanza mueren.
Truena el cañon del castillo,
truena el del mar, y parece
que con sus lenguas de bronce
se despiden para siempre.
Se estingue el rumor; se alejan,
y poco á poco se pierden
en la colosal distancia
los vistosos gallardetes.
Van á la lucha teniendo
lo infinito por palenque,
mar y cielo por testigos,
Dios y la historia por jueces.

II.

....

Negra atmósfera; huracanes
que ciegan y á ciegas matan,
en humo y mortal estruendo
envuelven las tres escuadras.
Cubre el cielo la tormenta,
inquietas las olas braman,
zumba el trueno en las alturas
y el cañon sobre las aguas.
Ruidos horribles retumban
en las inmensas distancias,
como rumores informes
de imprecaciones satánicas.
El crímen, la ira, el ódio,
el vil orgullo, la infamia,
se ocultan tras los ropajes
malditos de la borrasca.
Sobre la insensata lucha
vierten su hiel mas amarga,
mezclando al contraste horrendo
sus crueles carcajadas;
lívida luz del relámpago
á veces fulgura cárdena
sobre aquel inmenso caos
con sus instantáneas ráfagas.
¡Qué bien la destruccion silva
entre el fuego y la metralla!
¡¡Qué bien entre dos tormentas
ruge la cólera humana!!
En medio están los bretones
con sus soberbias fragatas,
torrentes de fuego y plomo
por ambos costados lanzan.
Y españoles y franceses
resisten la atroz descarga
esforzándose animosos
por acortar las distancias.
A merced de las tinieblas
con astuta y fria táctica
retíranse los ingleses
con evoluciones rápidas.
Y frente á frente quedando
las dos naciones hermanas
mútuamente se destrozan
con ruda. y fúnesta saña.

....

Tarde la traicion conocen,
tarde aperciben la infamia,
y ven su bandera misma
deshecha por su metralla.
Sobre los cascos que aun restan
las dos amigas escuadras
llegan hasta los testigos
de la fraternal batalla,

que serenos y alevosos
retirándose á la espalda
presenciaron aquel crímen
con su abominable calma.
Crujen las férreas cadenas,
buques contrarios amarran,
cesa el inquieto balumbo,
asegúranse las plantas;
con el cuchillo en los dientes
y entre las manos el hacha
se lanzan los españoles
como huracanes de rabia,
al ruido de las cuchillas
cráneos en pedazos saltan
y fuertes vidas se ahogan
entre blasfemias amargas.
A cada golpe un gemido,
solo un ¡ay! es la plegaria
que al romper su estrecha carcel
puede murmurar el alma.
Se hunden los cascos deshechos
de cien soberbias fragatas;
son los mas ricos navios
pasto de furiosas llamas.
En silencio se derrumban,
lucha el fuego con el agua,
que el mar se incendia parece
y hasta las nubes se abrasan.
Y en el frio de las ondas
palideciendo las llamas,
menguan, vacilan, se agitan
temblorosas, y se apagan.
Negra columna de humo
sube en espiral y arrastran
negras cenizas las olas
entre sus espumas blancas.
¡Qué horrible angustia á la muerte
precede de la esperanza!
¡En un delirio de sangre
se agitan ébrias las almas!
Y en nervioso paraxismo,
solo el corazon que salta
se siente dentro del pecho
con palpitaciones ávidas.
....

Desesperacion frenética
invade todas las almas;
se tornan los rostros lívidos,
se oscurecen las miradas.
No hay cuchillo que no mate,
no hay brazo que esté sin armas,
no hay cañon que no despida
entre truenos la metralla,
cruza el coraje los vientos
envuelto en siniestras ráfagas
que empujan el mortal bronce
con impulsion instantánea.
Héroes, hombres, barcos, vidas
se sumergen en la nada,
y todo es ruina y estragos
y desastres y matanza.
Guarecidos en sus naves
bajo el pabellon de España
aun resisten unos bravos
con indómita pujanza.
Por el fuego y por la sangre
rojas las pujantes aguas
á las nubes los elevan,
á los abismos los bajan.
Y parece que esperando
el fin de lucha tan larga
cansado se agita y ruje
el infierno en sus entrañas.
O que ansioso y fatigado
de tal peso y brega tanta
el mar palpitando busca
el espacio que le falta.
Entre la espuma, entre el hierro,
entre las sangrientas aguas,
sin rendirse en su agonía
están los hijos de España,
mientras la fama y la gloria
vertiendo amorosas lágrimas,
de laurel inmarcesible
coronan sus sienes pálidas.
....

Cedió el derecho á la fuerza,
á las traiciones la audacia,
sombreó mares y cielo
el pendon de la Britania.
Pero el valor y la historia
de sus libros en las páginas
escribieron con laureles
los desastres de mi patria.
Que al éxito de la astucia
y al número de las armas
si dá la fortuna triunfos
nunca dá aplausos la fama.
Y hay en el mundo naciones
que orgullosas cambiaran

las victorias de Inglaterra
por la derrota de España.

III.

. . . .

De pie; cruzado de brazos
sobre la arrogante popa,
contempla el vencedor Nelson
los horrores de su obra.
Y con sonrisa altanera
alza la frente orgullosa
y el cielo mide y los mares
desafiando su cólera.
Pero aun resta una fragata
con la bandera española
de dos hermanas naciones
pregon último de honra.
Al almirante contemplan
sobre la averiada proa
héroes postreros que mueren
con espresion desdeñosa.
Sobre aquella frente altiva
que el pensamiento aprisiona
gérmen de tantas maldades,
cien maldiciones arrojan.
Y antes de caer en la nada
cuando la muerte sofoca
sus espíritus, rompiendo
los lazos que los ahogan,
lanzan contra el almirante
rayos de la última cólera
y á vencedor y á vencidos
envuelven las mismas olas.
Y el que dominar creia
sobre las celestes bóvedas
cadáver inerte baja
á las regiones mas hondas.

. . . .

Cesa el combate; se estinguen
los ecos; vientos y olas
se duermen con la fatiga
de tal lucha y tal zozobra.
Y al reflejo de la luna
que entre las nubes asoma
la escuadra inglesa su rumbo
va tomando silenciosa.
Y en la inmensa superficie
del mar, cual fúnebre antorcha
de lívida luz, alumbra
los cadáveres que flotan.

. . . .

¡¡Trafalgar!! nombre sublime
de luto y eterna gloria,
tú eres inmortal poema
de las nacionales honras.
Tú estás con letras de oro
escrito sobre las losas
de Churruca y de Gravina
en las tierras españolas.
Tus aguas han sido tumba
de dos escuadras heróicas,
ejemplo de las naciones
para orgullo de mi historia.
Tú le has dicho al mundo entero
estas palabras que invoca
mi patria querida siempre
en sus mas terribles horas.
«La honra de las naciones
»es inestimable joya.
»¡¡Antes que barcos y vidas
»vale conservar la honra!!»

P. M.



DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.